

Selección



LAS
INDISCRECIONES
DE LADY
MARGARET

BEGOÑA GAMBÍN



MINSTREL VALLEY

Las indiscreciones de Lady Margaret

Minstrel Valley 12

Begoña Gambín

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial



Si quieres saber más sobre «Minstrel Valley» visítanos en
minstrelvalley.com
y descubre todas las novedades de la serie.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde **Selecta** os invitamos a adentraros en **Minstrel Valley** y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

A Lola y las Juglaresas, por su generosidad.

*Una dama nunca debe ser indiscreta.
La prudencia y la moderación deben ser sus pautas a seguir.*

Reglas de decoro de la señorita Sherman.

Escuela de Señoritas de lady Acton.

Prólogo

Londres. Verano de 1834

Queda fuera de toda cuestión que, en ocasiones, basta un solo instante, una breve visión, para cambiar una vida sin remisión, sin tener posibilidad de esquivarlo. En esos casos, es mejor dejarse llevar y confiar en que sea una metamorfosis que nos convierta en una hermosa mariposa.

El carruaje iba a pasar por delante de Ditton Manor camino de la vivienda de sus tíos maternos. El vizconde Ditton no pudo evitar desviar su mirada para no verla. Desde la muerte de sus padres, la otrora grandiosa mansión le recordaba a un panteón funerario.

Seis años ya. Seis años de oscuridad.

Andrew Kaye no quiso esquivar las imágenes que acudieron a su mente de los tiempos de su niñez, cuando su familia rebosaba salud y felicidad. Era un niño sin preocupaciones, amado por sus padres y su hermana, sin conocimiento de lo aciaga que podía ser la vida. Su madre era una mujer alegre y risueña que, por cualquier motivo, hacía una fiesta.

Con su padre le unía una estrecha relación en la que compartían aficiones que disfrutaban juntos. Entre ellas es-

taba la colección de obras de arte. Era muy habitual verlos a los dos acudir a la casa de subastas Christie's para adquirir alguna pieza. Incluso, su padre solía soñar en voz alta con él sobre las esperanzas que tenía de ampliar de forma importante la colección de la familia cuando Andrew emprendiese un viaje cultural por la histórica Grecia al acabar la universidad. En su juventud, él había realizado el *Grand Tour* por Europa y quería que su hijo disfrutase de ello, pese a que ya no era una práctica tan arraigada como en su tiempo entre los jóvenes de las clases altas británicas como parte de su educación.

Pero la alegría y todos los sueños familiares desaparecieron en un solo instante cierto nefasto día. La prematura muerte de sus padres a consecuencia de unas fiebres tifoideas y la consecuente responsabilidad que había recaído sobre él lo sumieron en la más profunda negrura y lo convirtieron de inmediato en un joven responsable, pero también taciturno.

Por aquel entonces tenía quince años, llevaba dos años en Eton y tuvo que asumir el título de vizconde, aunque su fortuna la manejaban dos de los abogados de su padre y su tío. En cuanto cumplió los dieciocho e ingresó en la universidad de Oxford, comenzó a conocer sus entresijos cada vez que visitaba Londres, con la ayuda de su tío —marido de la hermana de su madre— y tutor. En poco tiempo despuntó como economista e hizo algunas propuestas sobre inversiones a sus albaceas, que estos aceptaron, y aumentaron cuantiosamente su capital.

En esos momentos, con veintiún años, por fin iba a asumir el gobierno total del título, comenzaría a realizar sus propias inversiones y a abrir sus propios negocios. Su seriedad y responsabilidad lo avalaban.

Durante esos años, el vizconde se había convertido en un hombre duro y curtido para todo el mundo, salvo para su hermana, la honorable Hester Kaye. Por ella tuvo que tragarse su propia amargura y camuflarla de alegría con sonrisas e ironía. El primer año después del deceso había sido muy duro para su querida Hester. Solo tenía ocho años y perder a sus padres a tan tierna edad... Pero gracias al amor de su hermano y al de sus tíos, fue distanciando los lloros hasta que desaparecieron.

Sabía que tarde o temprano tendría que mudarse de nuevo a la mansión familiar, pero eso ocurriría cuando no tuviese a su hermana viviendo en la casa de sus tíos. Hasta entonces, nada más que los estudios podían separarlo de ella.

El carruaje paró y fue cuando Andrew se dio cuenta de que había llegado a su destino. El verano lo esperaba después de unos meses intensos en la universidad. Hacía seis meses que no veía a Hester y estaba ansioso por hacerlo, pero no pudo ser. Sus tíos le informaron de que su hermana estaba pasando el día en Ashbourn House con lady Margaret Ashbourn.

No lo dudó ni un segundo, se despidió de sus tíos asegurándoles que volvería en breve para celebrar con ellos su llegada y se marchó a la mansión de su mejor amigo, lord Arthur Ashbourn.

La vivienda de los condes de Darenth, padres de Arthur y Margaret, era como una segunda casa para Andrew y para su hermana. Por lo tanto, cuando llegó a ella, el mayordomo lo acompañó hasta la biblioteca donde se encontraba su amigo sin necesidad de anunciarlo. Después de un breve saludo, Arthur lo acompañó hasta el jardín, donde se encontraban las dos jóvenes.

Antes de verlas escuchó las risas alborotadas de las dos amigas, pero en cuanto las localizó... Entre los parterres, Hester y Margaret daban vueltas unidas por las manos, con las faldas revoloteando alrededor de ellas mientras se reían a carcajadas iluminadas por el astro rey que ese día había decidido mostrarse en su máximo esplendor.

La escena le llenó el alma de luz. Ver a las dos disfrutando era lo más bello que había visto en los últimos seis años. Sintió una explosión de alegría al comprobar que su hermana era feliz.

La mirada del joven vizconde se desvió hacia la proveedora de tal dicha. La visión fascinante que pudo contemplar lo dejó boquiabierto. Margaret llevaba el pelo alborotado, los rayos de sol incidían en él convirtiéndolo en oro líquido. Sus mejillas, arreboladas por el esfuerzo, llamaban la atención en contraste con su pálida piel. Sus labios, seductores, estaban medio abiertos, como si fuese una invitación a ser cubiertos. La muchacha que contemplaban sus ojos no parecía la adolescente quinceañera que había visto la última vez que había estado en esa mansión hacía medio año; se había convertido en una hermosísima joven.

La nueva apariencia de Margaret le resultó tan *gratificante* que de inmediato comprendió que no volvería a verla nunca más como una chiquilla, hermana de su amigo.

Capítulo 1

Londres. Principios de marzo de 1838

El amor debería ser franco, dadivoso y carente de enredos, pero a veces conduce al ser que ama a comportarse de una forma incoherente. Aunque gracias a tal hecho, el ser amado sea beneficiario de ello.

Andrew Kaye, o lo que es lo mismo, el vizconde Ditton, agradecía en esos momentos su obsesión por seguir los pasos de lady Margaret Ashbourn durante todas las *soirées* en las que coincidían, o más bien, en todas las que averiguaba que iba a asistir la joven. Margaret acababa de compartir una cuadrilla con William Barkham, conde de Ipswich. Por lo tanto, en cuanto observó que al terminar la pieza de baile se escabullían con cautela y, poniendo mucho empeño en pasar desapercibidos, se dirigían hacia las puertas de acceso al jardín, no tuvo ninguna duda y los siguió con un gesto impaciente.

«Pero ¿qué está haciendo esta muchacha? ¿De verdad pretende verse a solas con un hombre?», gruñó para sí mismo, frunciendo el ceño.

Conocía a Ipswich. Todo el mundo nocturno de Londres y que no estuviese aislado en un pueblo como Minstrel Va-

lley conocía al conde. Mujeriego, juerguista y encantador de serpientes. Ese era su amigo.

Por otra puerta distinta a la que ellos habían utilizado, accedió al gran balcón que hacía de mirador y que servía para contemplar el entramado de plantas, setos y árboles del jardín de la mansión de los duques de Kenwood, cuyo enclave se encontraba en uno de los lugares más opulentos de Londres, Berkeley Square.

Disfrutaban de un baile organizado por Charlotte Wetherall, duquesa de Kenwood y tía de Margaret. La encantadora duquesa, patrocinadora de la Escuela de Señoritas de lady Acton, y amiga personal de la dueña de Minstrel House, donde residía el grupo de jóvenes, entre ellas Margaret, que tenían el privilegio de ser guiadas para adquirir todos los atributos necesarios para convertirse en Damas Selectas, era una dama muy respetada y estaba considerada como una de las mejores anfitrionas de la alta sociedad londinense.

Ditton se ocultó junto a una columna que le dio refugio además de la oscuridad suficiente para que la pareja no se percatara de su intrusión, y desde allí se dispuso a velar por la honra de su *amiga*.

Mientras los veía conversar cercanos a la balaustrada, se le escapó una sonrisa al recordar el día que había vuelto de sus estudios y vio a Margaret convertida en una esplendorosa adolescente, hermosa como jamás lo hubiera creído.

Para él era incomprensible cómo su corazón había detectado enseguida quién iba a ser su dueña, aunque ella era demasiado joven como para imponerle su amor, así que decidió aparcar sus sentimientos, ofrecerle su amistad y esperar el momento adecuado para cortejarla. Su amor era como una fogata ardiente y luminosa que se alimentaba de

continuo al compartir su vida con la de ella y que se avivaba con los pequeños detalles que Margaret le ofrecía sin tener conocimiento.

Como consecuencia de ello, se conformaba con estar siempre a su disposición y atento a cualquier problema que tuviese.

La risa contagiosa de Margaret lo sacó de sus pensamientos. Esa risa tan habitual en ella, pero que en esos momentos era destinada a Ipswich. ¡Maldito fuese! El conde no se merecía que le dedicase ni una sola de sus sonrisas, ni escuchar su subyugadora voz.

Su voz.

No era la dulce y tímida dicción de una joven recién presentada en sociedad. En sus oídos sonaba cantarina y aterciopelada a la vez. Puro deleite para sus sentidos. Él la tenía grabada en su mente como una de las sinfonías más bellas jamás tocadas.

Súbitamente, sus ojos oscuros, que de normal eran impenetrables, se desorbitaron al ver cómo Ipswich alargaba los brazos, rodeaba la estrecha cintura de Margaret y la atraía hacia sí sin que la joven pusiera ni una sola objeción, más bien todo lo contrario, ya que posó sus delicadas manos enguantadas en el pecho del infame conde. De inmediato, elevó la mirada hacia sus rostros y vio la sonrisa lobuna de Ipswich.

Sus manos se convirtieron en puños ansiosos por chocar con su rostro masculino. Esa cercanía corporal le dolía en lo más profundo. Los últimos meses había practicado en el arte de la lucha gracias a algunos de sus conocidos de Minstrel Valley, así que la picazón en sus manos se reveló enseguida. Intentó templar sus nervios para no perder la compostura y formar un escándalo. Por el bien de la joven.

En eso se percató de que un grupo de jóvenes damas risueñas se dirigían hacia las puertas que había junto a él. Volvió su mirada de nuevo hacia la pareja que permanecía abrazada, pero, para colmo de males, el atractivo rostro del conde se acercaba de forma lenta pero constante para unir sus labios a los de Margaret.

—¡Maldita sea! —masculló. Por ahí no pensaba pasar. ¡Los labios de Margaret eran suyos!

Sin atisbo de duda, avanzó con paso vigoroso hasta ellos, la agarró por el brazo y tiró de él hasta que deshizo el abrazo ante la sorpresa de los dos.

—¡Ditton, ¿qué haces?! —exclamó Ipswich.

—¡Andrew! —exclamó Margaret a la vez que el conde.

Sin mediar palabra, la arrastró con él consiguiendo que la joven trastabillara en pos suyo, abrió una puerta, la introdujo en su interior y la cerró con tal fuerza que hizo vibrar sus cristales. Se encontraban en el despacho del duque. Margaret dio una fuerte sacudida con su brazo para soltarse del agarre de Andrew.

—¿Se puede saber por qué has obrado así? ¡Ipswich estaba a punto de darme un beso! —le espetó, molesta.

—¡Precisamente por eso, Margaret! ¡Observa! —Señaló hacia el exterior a través de las cristaleras.

En ese instante, el grupo de jóvenes, entre las que reconoció a lady Jane Walpole, compañera suya en la escuela de señoritas, hizo acto de presencia en la terraza. Margaret parpadeó conmovida, con el aire atascado en los pulmones y una sensación de miedo en el estómago.

—¡Oh! Habría sido un gran inconveniente si me hubiesen descubierto con el conde de Ipswich —reconoció la joven llevándose la mano al pecho—. Gracias, Andrew.

—No se merecen, pero esto se podría haber evitado si

tú no te hubieses escabullido con él. ¡¿En qué estabas pensando al hacer tal cosa?! —inquirió mirando de forma inquisitoria a la joven, con el ceño fruncido.

—Ha sido una bobada, lo reconozco, yo solo quería... — Margaret enmudeció de repente, reticente.

El vizconde profundizó en su mirada. Los hechizantes ojos de color añil de la muchacha solían observar todo su entorno como si estuviese viviendo en una fantasía y quisiese conocer todos los detalles para no olvidarlos. Y, en ese momento, él vio ese destello de curiosidad en ellos.

—¿Qué querías? —insistió con un tono algo imperativo, pese a que intentó evitarlo.

—Yo... —murmuró reacia.

—Adelante, Margaret, sabes que puedes confiar en mí sea lo que sea, que siembre estoy aquí para ti.

—Lo sé, Andrew. Siempre eres mi apoyo cuando me meto en algún enredo. Eres un gran amigo. ¡¿Qué digo?! ¡Más que un amigo! Eres como un hermano para mí. —Hizo una pausa, lanzó un suspiro y desvió su mirada hacia la chimenea de mármol blanco que presidía una de las paredes paneladas de madera noble—. Quería saber lo que se siente cuando te dan un beso —murmuró con gesto avergonzado a la vez que su níveo rostro se sonrojaba.

—¡Oh! —El vizconde no supo qué más decir.

Dos pensamientos confrontados luchaban dentro de él. Por un lado, se sintió defraudado al oír de los labios de Margaret el lugar que ocupaba en sus sentimientos ¡Un hermano! Y por otro, cuando confesó el motivo de su atrevimiento, el cuerpo del vizconde se sacudió como si esa voz suave como fino satén fuese un canto de sirenas, y que sus palabras eran una suave melodía dedicada a él. ¿Quería un beso? ¡Él estaba dispuesto a darle cientos en un instante!